

REFLEXIÓN

DEL PARADIGMA DE LA SIMPLIFICACIÓN HACIA EL PENSAMIENTO COMPLEJO

(Rev GPU 2010; 6; 2: 218-220)

André Sassenfeld¹

Este breve artículo sintetiza algunos elementos fundamentales que contribuyeron a estructurar la teoría de la complejidad de Edgar Morin. Se enfatizan las diferencias entre el paradigma de la simplificación y el paradigma de la complejidad, y se describen las características esenciales de este último.

De acuerdo a Morin (1982, 1990), la forma sistemática y lógica de pensar que caracteriza a la ciencia y a muchas corrientes de la filosofía moderna busca introducir orden y claridad en los diferentes aspectos y fenómenos que constituyen aquella realidad que es objeto de investigación y poner al descubierto las leyes que los gobiernan. En este sentido, típicamente los esfuerzos científicos y filosóficos de explicación de la realidad intentan disipar la aparente naturaleza intrincada de los hechos en cuestión con la finalidad cardinal de revelar el orden simple al cual se supone que, en última instancia, pertenecen y obedecen. Esta tentativa involucra, por lo común, operaciones básicas como rechazar el desorden, descartar lo incierto, quitar ambigüedad, clarificar, distinguir y jerarquizar (Morin, 1990).

Desde esta perspectiva, la ciencia tradicional y gran parte de la filosofía moderna están inscritas en un paradigma general de simplificación que Morin (1982, 1990) describe como paradigma de disyunción (separa elementos que están ligados entre ellos y los desune

de su entorno y de quien los observa o concibe), reducción (unifica elementos que no son idénticos o que no pertenecen al mismo orden y no concede estatus de realidad a las totalidades, sino sólo a los elementos que las conforman) y unidimensionalización (aísla las aproximaciones de las distintas disciplinas del conocimiento). La disyunción se fundamenta en la pretensión de objetividad y, entre otras cosas, ignora y elimina la problemática epistemológica y metodológica del sujeto. La reducción, dado que el objetivo central de la producción del conocimiento es el establecimiento de las leyes y constancias que rigen el comportamiento de los objetos, retrotrae toda explicación aceptable al principio de orden. La unidimensionalización ha conducido a una situación de hiperespecialización y falta de comunicación entre las diversas disciplinas generadoras de conocimiento, una circunstancia que promueve la ilusión de que las divisiones arbitrarias que se han llevado a cabo sobre la complejidad de la realidad representan, en efecto, lo real mismo.

¹ Psicólogo clínico, psicoterapeuta de adultos. Departamento de Psicología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

Siguiendo a Morin (1990), el paradigma de simplificación tiene sus orígenes en el pensamiento de Descartes, quien desarticuló el sujeto pensante y los objetos de su interés y, por otro lado, postuló como principio de verdad la consideración consecuente de las ideas “claras y precisas” –esto es, el pensamiento disyuntor mismo. El paradigma de simplificación se caracteriza, más allá, por la expulsión de lo singular como contingente a la luz de su proyecto de universalidad del conocimiento; por la eliminación de la irreversibilidad temporal y, con ello, de todos los puntos de vista históricos; por un determinismo universal e implacable al conceder la soberanía explicativa absoluta al orden; y, también, por la abstracción y la confianza plena en la lógica como manera efectiva de comprobar la verdad intrínseca del conocimiento. El acercamiento simplificador es incapaz de entender la conjunción de lo uno y lo múltiple: “unifica abstractamente anulando la diversidad o, por el contrario, yuxtapone la diversidad sin concebir la unidad” (p. 30). De modo paradójico, tiende a borrar la existencia de la diferencia reduciéndola a la unidad simple y a ocultar la unidad por sólo ver la diferencia.

Ahora bien, para Morin (1990) lo real es, en esencia, “monstruoso”: “Es enorme, está fuera de toda norma, escapa, en última instancia, a nuestros conceptos reguladores [...]” (p. 147). En consecuencia, debido a su afán de reducción de lo complejo a lo simple, los modos simplificadores del conocimiento mutilan, más de lo que expresan, los hechos o fenómenos de los cuales intentan dar cuenta. Esta circunstancia crucial pone de manifiesto los límites, las insuficiencias y las carencias del pensamiento simplificador y de su forma característica de organizar el conocimiento, incapaz de reconocer y aprehender la complejidad de lo real. Morin opina que, en este sentido, el paradigma de simplificación ha conducido a una especie de “inteligencia ciega” que nos aleja de la elucidación efectiva de las cosas: una manera de razonar que destruye los conjuntos y las totalidades y que aísla los objetos de estudio de sus ambientes no tiene la capacidad de concebir el lazo inseparable que une al observador y la cosa observable y, por otro lado, desintegra las realidades verdaderamente relevantes para el ser humano. Estas últimas pasan desapercibidas y se encuentran en los hiatos que separan a las disciplinas del conocimiento. Así, la “metodología dominante produce oscurantismo porque no hay más asociación entre los elementos disjuntos del saber y, por lo tanto, tampoco posibilidad de engranar los y de reflexionar sobre ellos” (p. 31).

Un pensamiento mutilante que no es capaz de detectar y estudiar las realidades significativas lleva, necesariamente, a la implementación de acciones y

estrategias parciales, incapaces de resolver las problemáticas existentes y, al menos en parte, irrelevantes. Con la finalidad de revertir este estado general de cosas, es indispensable tomar conciencia de lo que Morin (1990) denomina la “patología contemporánea del pensamiento”, “la hiper-simplificación que ciega a la complejidad de lo real” (p. 34), que convierte ideas en idealismo, teorías en doctrinarismo y dogmatismo y razón en racionalización. Asimismo, es imprescindible desarrollar y poner en práctica una manera diferente de aproximarse al conocimiento que no se base en esfuerzos incesantes por lograr la eliminación categórica de la imprecisión, la ambigüedad y la contradicción. Esta nueva modalidad del pensamiento es el llamado paradigma de la complejidad:

El término complejidad no puede más que expresar nuestra turbación, nuestra confusión, nuestra incapacidad para definir de manera simple, para nombrar de manera clara, para poner orden en nuestras ideas. [Es] complejo todo aquello que no puede resumirse en una palabra maestra, aquello que no puede retrotraerse a una ley, aquello que no puede reducirse a una idea simple. [...] La complejidad no sería algo definible de manera simple para tomar el lugar de la simplicidad. *La complejidad es una palabra problema y no una palabra solución* (pp. 21-22, cursiva del original).

El pensamiento complejo se presenta a sí mismo como desafío puesto que representa un intento de dialogar y de negociar con lo real y de reunir orden, desorden y organización en una misma concepción. Aspira al desarrollo de un saber multidimensional, no parcelado y no reduccionista que prescinda de la tentativa de aislar el objeto de estudio de su contexto, de sus antecedentes, de su devenir y del sujeto que lo observa o concibe. En este marco de referencia, lo real, en cuanto fenómeno invariablemente complejo, es entendido de modo inevitable como un tejido (*complexus* = lo que está tejido junto) de constituyentes heterogéneos asociados que no pueden ser separados sin violentar la naturaleza intrínseca de la realidad. Para Morin (1990), lo complejo es, en lo fundamental, un tejido estructurado de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones y azares que dan lugar, en su interdependencia, al mundo fenoménico que el ser humano experimenta y en el cual existe. Por lo tanto, la complejidad se caracteriza por rasgos inquietantes, perturbadores y difíciles de abarcar como lo enredado, lo inextricable y lo incierto y el paradigma de la complejidad, por su parte, no procura reducir rasgos de lo real como

la incertidumbre y la ambigüedad a la fuerza sino incorporarlos en la construcción del conocimiento.

Desde esta perspectiva, el paradigma de la complejidad es un paradigma de distinción y conjunción que busca “distinguir sin desarticular, asociar sin identificar o reducir” (Morin, 1990, p. 34), basándose en un principio dialógico cardinal que pretende trascender las alternativas e integrar la verdad de diversos puntos de vista aparentemente contradictorios. Supone que las verdades antagonistas pueden ser complementarias sin dejar de ser antagonistas. En efecto, el pensamiento complejo considera que la aparición de contradicciones constituye, muchas veces, no un error lógico sino el hallazgo de una capa profunda de la realidad que, debido a su profundidad, no puede ser traducida sin más a la lógica habitual. Así, el paradigma de la complejidad se esfuerza por rendir cuenta de las articulaciones entre dominios disciplinarios quebrados por el pensamiento disgregador (uno de los principales aspectos del pensamiento simplificador); éste aísla lo que separa, y oculta todo lo que religa, interactúa, interfiere. En este sentido el pensamiento complejo aspira al conocimiento multidimensional. Pero sabe, desde el comienzo, que el conocimiento complejo es imposible: uno de los axiomas de la complejidad es la imposibilidad, incluso teórica, de una omnisciencia (pp. 22.23).

Esto implica, por un lado, que “las dimensiones físicas, biológicas, espirituales, culturales, sociológicas, históricas de lo humano dejan de ser comunicables” (Morin, 1982, p. 48). Por otro lado, Morin (1982, 1990) afirma de manera explícita que las posibilidades del conocimiento están condicionadas por un principio de incompletitud –todo conocimiento es, por su misma naturaleza, inacabado. En este sentido, el pensamiento complejo debe ser visualizado como una especie de “apertura teórica” o de teoría abierta cuya elaboración está de continuo en proceso de llevarse a cabo.

Más allá, el paradigma de la complejidad reconoce que, en alguna medida, la simplificación es necesaria y que es una característica propia de todo intento de generar conocimientos. Todo conocimiento tiene algo de simplificador en el sentido de que, al mismo tiempo, abstrae y elimina un cierto número de rasgos del fenómeno en cuestión que son juzgados bien significativos y contingentes. Desde este punto de vista, Morin (1982, 1990) cree en la necesidad de evitar, por todos los medios posibles, la sobresimplificación y de relativizar la simplificación, y asevera que la complejidad es, efecti-

vamente, la unión entre lo simple y lo complejo. Une los procesos simplificadores de selección, jerarquización, separación y reducción con los procesos complejos de comunicación, articulación y multidimensionalización. En suma, el “pensamiento complejo intenta integrar los modos simplificadores de pensar, pero rechaza las consecuencias mutilantes, reduccionistas, unidimensionalizantes y finalmente cegadoras de una simplificación que se toma por reflejo de aquello que hubiere de real en la realidad” (Morin, 1990, p. 22). Con ello, trata de evitar tanto el pensamiento reductor que no ve más que las partes, como el pensamiento de tipo global que no ve más que el todo.

El paradigma de la complejidad trae consigo, entre otras, las siguientes implicancias: (1) en términos ontológicos, coloca un acento sobre la noción de relación en detrimento del concepto de sustancia como fenómeno constitutivo de los objetos y sujetos y, asimismo, supone que la realidad está conformada por una red de relaciones, debido a lo cual concibe la existencia de *realidades* que no son sustanciales sino compuestas y producidas por las interacciones complejas de diferentes elementos; (2) en términos epistemológicos, enfatiza la interdependencia constitutiva de sujeto y objeto al afirmar que “no hay objeto si no es con respecto a un sujeto (que observa, aísla, define, piensa), y no hay sujeto si no es con respecto a un ambiente subjetivo (que le permite reconocerse, definirse, pensarse, etc., pero también *existir*)” (Morin, 1990, p. 67, cursiva del original); (3) en términos de una concepción de ciencia, promueve una perspectiva trans-disciplinaria que franquee la parcelación disciplinaria y el fraccionamiento teórico imperantes y, más allá, plantea la inevitabilidad de reintroducir al sujeto, de modo auto-crítico y auto-reflexivo, como factor determinante del conocimiento de los objetos. Por último, Morin (1982) subraya que el campo genuino del conocimiento no es el “objeto puro” –cuya existencia, por lo demás, sólo deriva del postulado científico filosófico de la posibilidad de objetividad–, sino el objeto percibido y co-producido por el observador. El “objeto del conocimiento es la fenomenología, y no la realidad ontológica. Esta fenomenología es nuestra realidad de seres en el mundo” (p. 108).

REFERENCIAS

1. Morin E. *Ciencia con conciencia*. Anthropos, Barcelona, 1982
2. Morin E. *Introducción al pensamiento complejo*. Gedisa, Barcelona, 1990